

PQ6503
A 96
N5

ES PROPIEDAD



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

IMPRESA DE JUAN GILI - - - BARCELONA



¡Qué tiempos aquéllos!

—Hola, Andrés.

—Hola, Pascual.

—¿Tú en el pueblo? Te creía...

—¿En dónde?

—En la romería
del Cristo del Robledal.

—¡A mi edad!

—Quita, ¡por Dios!

¡A tu edad! Según mi cuenta,
tú tendrás unos sesenta...

—Tengo ya sesenta y dos.

010394

—No es nada.

—¡Qué atrocidad!

—Eres casi mozalbete.
Tengo yo setenta y siete,
y no me asusta la edad.

Y si á la fiesta no voy,
no es por falta de deseo.

—¡Si no valen el paseo
estas fiestas que hacen hoy!

¡Cuando me acuerdo, Pascual,
de aquellas fiestas que había
antaño, en el santo día
del Cristo del Robledal!

¡Aquello sí que era hermoso!
Pero hoy... ¡si todo ha cambiado!
Un pueblo tan animado
se ha vuelto de lo más soso...

¿Te acuerdas de aquellos días
cuando éramos chicos? Dí.
¡Aquéllas, aquéllas sí
que eran buenas romerías!

¡Si aun parece que las veo
con los ojos de la cara!
¡Qué alegría! ¡Qué algazara!
¡Qué incesante bailoteo!

¡Qué cantar y qué correr!
Y qué meriendas aquéllas

¡Y qué descorchar botellas!

¡Y qué modo de beber!

Recuerdo una romería
en que bailé tantos ratos,
que hice cisco unos zapatos
que estrené aquel mismo día.

¡Y qué chicas! ¡De primera!
¡Todas á cuál más hermosa!
Las de hoy son cualquier cosa.
No hay una guapa siquiera.

¡Qué romerías! ¡Bobada!
¡Aquello era animación!
Estas de ahora no son
romerías, ni son nada.

El año pasado fui
porque se empeñó Matea,
y tú no tienes idea
de lo que yo me aburrí.

No son los nuestros. ¡Tontuna!
Esta gente es diferente.
Mucho ruido y mucha gente,
¿pero animación? ¡Ninguna!

—Aguarda. ¿Quién es aquél
que viene hacia acá corriendo?
—¿Cuál? ¿aquél? ¿No lo estás viendo?
Pues si es mi nieto. Es Manuel.

Estaba en la romería,

pero ¡es claro! se ha cansado,
y vuelve el pobre á mi lado
para hacerme compañía.

—¡Abuelo! ¡Señor Pascual!

—Chiquillo, ¿cómo tan pronto?

—Pues porque el chico no es tonto.
¡Se aburrió en el Robledal!

—¡Quiá! ¡No es eso! ¿Qué ha de ser?

¿Yo aburrirme? ¡Bueno fuera!

He venido á la carrera
porque tengo que volver.

—¿Volver dices?

—Sí, señor.

¡Pues si hay allí una alegría!

¡Abuelo, qué romería!

¡Nunca la ha habido mejor!

Hay allí cada mujer
que parte los corazones.

¡Qué bailes y qué canciones!

¡Y qué modo de comer!

¡Pues digo, y lo qué he bebido!

¡Si creo que estoy borracho!...

—Pero entonces, dí, muchacho,

¿á qué diablos has venido?

—Me va usted á regañar.

Vengo á cambiarme las botas.

—¿Pues qué tienen?

—Que están rotas.

—¿De qué?

—De tanto bailar.

Conque abur. Hasta más tarde.

Adiós, abuelo... ¡Qué risa!

Voy á casa... Tengo prisa...

Si es que tardo, no me aguarde...

—¡Háse visto el monigote!

—El chasco ha sido completo.

—Eso prueba que mi nieto
es tonto de capirote.

¡Decir que esa romería!...

Ese chico es inocente.

—Ha dicho perfectamente.

—¡Pues es una tontería!

—Podrá ser un desengaño,
pero ¡ay, Andrés! viendo estoy
que son estas fiestas de hoy
lo mismo que las de antaño.

Todo es igual. Ya lo ves.

Nada cambia. Está probado.

¡Lo único que aquí ha cambiado
somos nosotros, Andrés!





Pepín, Pepe y don José

Con una renta muy sana
llegó á su pueblo, á Quintana,
—(un rinconcito de Asturias),—
Pepe el tuerto, ó Pepe Murias
procedente de la Habana.

Compró una casa y un huerto
y allí construyó un *chalé*,
de muy mal gusto por cierto,
y el que fué *Pepín el tuerto*,
es hoy todo un *Don José*.

Vive el hombre holgadamente
sin ocupación ninguna;
le admira toda la gente
y no hay vecino pudiente
que no envidie su fortuna.

Cansado de trabajar
es hoy feliz á su modo,
y orgulloso debe estar,
que hasta le consulta en todo
el alcalde del lugar.

Don Blas, el cura, lamenta
que esté en Quintana metido
un hombre con esa renta,
y creyéndole aburrido
ayer le echaba esta cuenta:

—Oye, Pepe; tú dirás
lo que á tí te dé la gana;
pero juro á fe de Blas
que me parece que estás
muy aburrido en Quintana.

¡Y es natural que así sea!
¿A qué te entierras aquí?

Ha sido una mala idea;
que esto al fin es una aldea
sólo buena para mí.

Me dijiste ha pocos días
que de renta reunías
diez mil pesetas.

—Sí tal.

—Pues tú con eso podrías
vivir en la capital.

—Sí, señor. Se lo concedo.
Ya sé de un modo evidente
que con mi rentita puedo
establecerme en Oviedo
y vivir perfectamente.

Pero aquí me moriré.
No se canse usted, don Blas.
No voy á Oviedo.

—¿Por que?

—Porque aquí soy *Don José*,
y en Oviedo... ¡un tuerto más!





Tiro aprovechado

—Verás tú lo que pasó.
Y que á mí no me chocó
el ver hombres tan gallinas.
Al venir á Filipinas
ya me lo esperaba yo.

Esos del *Katipundn*
pretenden causar perjuicios

sin saber á dónde van.
 Son todos unos *novicios*,
 nacidos en Cagayán.

Me enseñaron el retrato
 de un jefe igorroto, ingrato,
 y dije en cuanto lo ví:
 Eres muy chato y aquí
 no nos la dá ningún chato.

¿Vencer ellos? Son pamplinas.
 Con quince días de asedio
 y dos ó tres sopapinas,
 no queda en las Filipinas
 ni un chato para un remedio.

Esto se va á concluir
 en seguida, sin tardar.
 —También ese es mi sentir;
 pero acaba de decir
 lo que me ibas á contar.

—Pues verás lo que pasó.
 Ayer noche estaba yo
 en una avanzada, alerta,
 cuando al ir de descubierta
 un grupo se me acercó.

—¿Un grupo enemigo, eh?
 —¿Un grupo enemigo, sí!
 Eran veinte. Los conté.
 Y como yo soy así,

que nunca me acobardé,
 antes que el grupo tomara
 la ofensiva y me quitara
 el valor que tengo aún,
 me eché el fusil á la cara,
 salió el tiro, y ¡cataplún!

—¿Huyeron?

—¿Quiá! de repente
 se cayeron todos juntos,
 sin quedar ni uno viviente.

—¿Todos muertos?

—¿Sí! ¡Difuntos!

¡Difuntos completamente!

—¿Buen bromazo el que me das!

—Oye, que no hay tal bromazo.

Es cierto, como verás:
 Uno murió del balazo
 ¡y de miedo los demás!





Los nietos

—Te lo aseguro, Pascual.
Ya no hay más que resignarse.
El que pudiendo casarse
no se casa, hace muy mal.
¡Ya ves tú qué situación
la tuya! ¡Qué desengaños!

¡Llegar á los sesenta años
achacoso y solterón!

¡Sentado en esa poltrona
un hombre de tu fortuna,
sin más cariño que el de una
ama de llaves gruñona!

¡Y cuando enfermes de veras,
aquí á cuidarte vendrán
tus sobrinos, que estarán
deseando que te mueras!

¿Qué así estás muy bien? ¡Corriente!
¡Es tu gusto, y se acabó!
Pero en este asunto, yo
opino distintamente.

Ese egoísmo es fatal.
Viva solito el que quiera.
Yo, sin familia, me hubiera
muerto hace tiempo, Pascual.

Miro mis goces completos
cuando en mi casa sentado,
me contemplo rodeado
de mis hijos y mis nietos.

¡Orgullo de mi vejez!
¡Diez nietos! ¡Un batallón!
Tú no los conoces. Son
encantadores los diez.

Rubios como querubines

sanos, con unas mejillas...
¡Y con unas pantorrillas
que tienen los chiquitines!

¡Y qué ganas de comer!
¿Estar ellos malos? ¡Quiá!
Tan hermosos los habrá,
pero más, no puede ser.

Sólo hay uno de ellos, Pepe,
que el pobrecito está cojo
y es chato y bizco de un ojo,
pero sabe más que Lepe.

Cuando con su pata coja
viene y me mima, el maldito,
consigue de su abuelito
todo lo que se le antoja.

Por supuesto, la verdad,
todos, aunque están mimados,
son chicos muy aplicados,
¡saben una atrocidad!

¡Muchísimo más que yo!
La más pequeña, María,
sabe más geografía
que el mismo que la inventó.

¡Pues si es una profesora!
¡Me pone en unos aprietos!...
¡Son el demonio estos nietos.
tan ilustrados de ahora!

¿Querrás tú creer que ayer
la chica me preguntó
dónde estaba el Congo, y yo
no he sabido responder?

¿Cómo se rió la *indina*!
«¿Si está en el Africa!» «¿Sí?»
«Pues, mira, le respondí,
yo creí que estaba en China.»

Así que para evitar
planchas como éstas, les digo:
«Si queréis estar conmigo,
¡nada de ciencia! ¡Á jugar!

Dejadme á mí de esas pláticas
que no son de cuenta mía.
Basta de geografía
y basta de matemáticas.

Lo que he estudiado olvidé,
y aunque sé que sé poquito,
á mi edad no necesito
saber más de lo que sé.

Con que, ¡á jugar al instante!»
Y en cuanto doy esta voz,
empieza un jaleo atroz,
que no hay alfombra que aguante.

—
Y uno se sube á un sofá,
y otro salta sobre mí,

y ¡abuelito! por aquí,
y ¡abuelito! por allá...
¡Qué correr por los pasillos!
—¿Y tú también?

—¡No que no!

¡ Mis hijos dicen que yo
soy peor que los chiquillos!
Y lo seré, no lo niego;
no sé si hago bien ó mal,
pero te juro Pascual,
que á mí me encanta ese juego.

Ríete; llámame niño;
búrlate de mis chochees...
Tú, egoistón, no mereces
esta clase de cariño.

Tú no puedes comprender
el amor. ¿Qué entiendes de eso?
¿Sabes tú lo que es un beso
de un nieto? ¡Qué has de saber!

Es la dicha apetecida;
es la esencia del amor;
es la caricia mejor;
es algo que da la vida.

Es... lo que nunca has sentido.
¡Es ver en el mundo un cielo!
Yo á Dios con ferviente anhelo,
sólo una cosa le pido:

¡Que para morir en calma,
cuando me llame á su lado
me encuentre yo rodeado
de mis nietos de mi alma!



La suerte suprema

—Era un toro *encampanao*,
con unas *velas* así,
y dije, en cuanto le ví:
«Este toro es de *cuidao*».

Me lo picaron muy mal,
y luego las banderillas
sólo le hicieron cosquillas
y se creció el animal.

Lidia así no hay quien la aguante.
Se creció de tal manera
el toro, que ya no era
un toro... ¡era un elefante!

Tocó el clarín á matar;
cogí los trastos y ¡andando!
pero, la *verdá*, llevando
un *canguelo* regular.

Porque yo, naturalmente,
tengo vista, y comprendí
que con una fiera así
había que ser prudente.

Me fuí al toro muy *parao*;
le dí un pase de castigo,
y luego otro... Pero, amigo,
se iba al bulto el *condenao*.

Yo conocí su intención
y me tiré...

—¿Á volapié?

—¡Quía! ¡No, señor! ¡Me tiré
de cabeza al callejón!



Sport



Á ANTONIO VIADA

Me tildas, amigo Viada,
de *archipésimo* ciclista,
y aunque ha de ser respetada
la opinión autorizada
de los críticos de pista,
me conviene hacer constar
que monto... como cualquiera
de los que saben montar,
y que soy un regular
ciclista de carretera.

Por las calles, no, señor,
nadie me ha visto correr;
pero ha sido por rubor,

por modestia... y por temor
de que me vieran caer.

Reniego del imprudente
que va siempre atropellando,
á todo bicho viviente.

Yo monto de vez en cuando,
pero donde no haya gente.

Como tengo esta estatura
y ando mal de pantorrillas,
sería en mí una locura
hacer la triste figura
enseñando las canillas.

Es sobrada esta razón ;
al ciclismo por lo mismo
le he perdido la afición,
y abandonando el ciclismo
me entregué á la equitación.

En mi *Mariscal* hermoso,
que es un *caballo de acero*,
de gran alzada y brioso,
corro todo lo que quiero
sin sudar ni hacer el oso.

Esto es sano y conveniente.
Ni se me ríe la gente,
ni los guardias me maldicen ;
y hasta hay personas que dicen
que monto perfectamente.

El que tú con saña tal
me hayas tratado tan mal,
ni me apura, ni me inquieta...
¿Qué vale una bicicleta
donde está mi *Mariscal*?





Á Valladolid

AL RECIBIR LOS RESTOS DEL POETA ZORRILLA

Nadie en su patria es profeta
dice el mundo, y no es verdad.
Lo desmiente esa ciudad,
honrando así al gran poeta.

Por lo que sientes y vales,
mereces pueblo, el honor
de ser patria del *cantor*
de las Glorias nacionales.

Su fama es de España entera,
mas nadie ha de disputar
que debe en tí descansar
quien vió en tí la luz primera.

Pues la suerte honrarte pudo,
guarda avaro ese tesoro
¡y sea su lira de oro
nuevo blasón de tu escudo!



Contrastes del padrón

*Bien merecen la atención
y hasta un estudio especial
por lo curiosos que son,
los contrastes del padrón...
del padrón municipal.*

I

Luz Sierra y Paco Aranaz
se unieron en matrimonio ;
él tiene un genio *incapaz*,